

Año VIII

Buenos Aires.

BABEL

REVISTA DE BIBLIOGRAFIA

Director: SAMUEL GLUSBERG

ADMINISTRACION

ENTRE RIOS 1585
U. T. 23 Buen Orden 4219

DIRECCION

RIVERA INDARTE 1030
U. T. 66 Flores 6653

10^{CTS.}



ROBERTO GACHE

El notable humorista de "Paris, glosario argentino" y de "Baile y Filosofía"

BABEL

BIBLIOTECA ARGENTINA DE BUENAS EDICIONES LITERARIAS

INDICE DE OBRAS PUBLICADAS

BAJO LA DIRECCION DE SAMUEL GLUSBERG

SERIE A

* I	LEOPOLDO LUGONES:	LAS HORAS DORADAS	\$ 2.50
** II	ALBERTO GERCHUNOFF:	LA JOFAINA MARAVILLOSA	" 2.50
** III	ARTURO CAPDEVILA:	LA FIESTA DEL MUNDO	" 2.00
* IV	RAFAEL ALBERTO ARRIETA:	FUGACIDAD	" 2.00
**** V	LEOPOLDO LUGONES:	ESTUDIOS HELENICOS	" 5.00
** VI	BENITO LYNDH:	LAS MAL CALLADAS	" 2.00
* VII	GONZALEZ MARTINEZ:	EL ROMERO ALUCINADO	" 2.50
* VIII	HORACIO QUIROGA:	HISTORIA DE UN AMOR TURBIO	" 2.00
* IX	LUIS L. FRANCO:	LIBRO DEL GAY VIVIR	" 2.50
* X	RAFAEL ALBERTO ARRIETA:	LAS HERMANAS TUTELARES	" 2.50
** XI	LEOPOLDO LUGONES:	ODAS SECULARES	" 2.50
XII	R. SAENZ HAYES:	DE STENDHAL A GOURMONT	" 3.00
*** XIII	C. NALE ROXLO:	EL GRILO	" 2.00
** XIV	GUILLEMOESTRELLA:	LOS EGOISTAS	" 2.50
XV	EVAR MENDEZ:	EL JARDIN SECRETO	" 2.00
* XVI	MANUEL LUGONES:	POEMAS MEDIOEVALES	" 2.00
XVII	MARIO BRAVO:	CUENTOS PARA LOS POBRES	" 2.00
XVIII	MARTIN GIL:	AGUAMANSA	" 2.00
XIX	HORACIO QUIROGA:	EL DESIERTO	" 2.50
** XX	LEOPOLDO LUGONES:	FILOSOFICULA	" 2.50
* XXI	SAMUEL GLUSBERG:	LA LEVITA GRIS	" 2.00
* XXII	E. MENDEZ CALZADA:	NUEVAS DEVOCIONES	" 2.00
XXIII	NICOLAS CORONADO:	DESDE LA PLATEA	" 2.50
XXIV	LEOPOLDO LUGONES:	CUENTOS FATALES	" 2.50
** XXV	LEOPOLDO LUGONES:	ROMANCIEROS	" 2.50
*** XXVI	HORACIO QUIROGA:	CUENTOS DE AMOR	" 2.50
XXVII	LUIS CANE:	DE LOCURA Y DE MUERTE	" 2.00
** XXVIII	ALFONSINA STORNI:	MAL ESTUDIANTE	" 2.00
XXIX	GUZMAN SAAVEDRA:	O C R E	" 2.50
* XXX	JOSÉ PEDRONI:	LOS PROVINCIANOS	" 2.00
XXXI	B. SANIN CANO:	GRACIA PLENA	" 2.00
XXXII	R. EGAMOLINA:	LA CIVILIZACION MANUAL	" 2.50
XXXIII	LUIS L. FRANCO:	LA VISPERA DEL BUEN AMOR	" 2.00
* XXXIV	ALFREDO ORGAZ:	LOS HIJOS DEL LLASTAY	" 2.00
XXXV	ARTURO CAPDEVILA:	PENUMBRA	" 2.00
XXXVI	LEOPOLDO LUGONES:	LOS PARAISOS PROMETIDOS	" 2.50
** XXXVII	HORACIO QUIROGA:	LOS CREPUSCULOS DEL JARDIN	" 2.50
XXXVIII	ROSA GARCIA COSTA:	LOS DESTERRADOS	" 2.00
** XXXIX	RAFAEL ALBERTO ARRIETA:	ES ENCIJA	" 2.00
* XL	JOSÉ PEDRONI:	ESTIO SERRANO	" 2.00
XLI	HORACIO QUIROGA:	LA GOTA DE AGUA	" 2.00
XLII	ARTURO S. MOM:	ANACONDA	" 2.50
XLIII	LUIS CANE:	LA ESTRELLA POLAR	" 2.00
XLIV	ROBERTO J. PAYRO:	TIEMPO DE VIVIR	" 2.00
XLV	F. MARTINEZ ESTRADA:	EL CASAMIENTO DE LAUCHA	" 2.00
XLVI	ALBERTO GERCHUNOFF:	ARGENTINA	" 2.50
XLVII	A. GIMENEZ PASTOR:	ENRIQUE HEINE	" 2.00
XLVIII	F. LOPEZ MERINO:	TRES NOVELAS	" 2.00
XLIX	HORACIO QUIROGA:	LAS TARDDES	" 2.00
L	P. HENRIQUEZ UREÑA:	EL SALVAJE	" 2.00
LI	MARTINEZ ESTRADA:	SEIS ENSAYOS	" 2.00
LII	ROBERTO GACHE:	MOTIVOS DEL CIELO	" 2.50
LIII	ROBERTO GACHE:	BAILE Y FILOSOFIA	" 2.50

SERIE B

* I	ENRIQUE HEINE:	LAS NOCHES FLORENTINAS	" 2.00
II	ALBERTO SAMAIN:	CUENTOS	" 2.00
III	FITZMAURICE KELLY:	MANUAL DE LA HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA	" 3.00
IV	MARCO AURELIO:	PENSAMIENTOS	" 2.50

* Agotado ** Segunda Edición *** Tercera Edición **** Encuadernación en tela

BABEL

REVISTA DE BIBLIOGRAFIA

ADMINISTRACION

ENTRE RIOS 1585

U. T. 23 Buen Orden 4219

... Aquí se confunde el tropel de los que a lo infinito tienden, y se edifica la Babel en donde todos se comprenden. Rubén Darío 'Canto a la Argentina'.

DIRECCION

RIVERA INDARTE 1030

U. T. 66 Flores 6653

Año VIII

Buenos Aires, Julio de 1928.

Número 28

POR iniciativa de nuestro director un grupo de escritores argentinos ha resuelto organizar en Buenos Aires la Exposición Nacional de Libro. Descuentan los organizadores fundadamente el buen éxito de la iniciativa, análoga a la llevada a feliz término por BABEL en Mar del Plata a principios del año actual.

Al efecto se ha constituido una Junta Ejecutiva que quedó integrada de la siguiente manera:

Presidente, D. Enrique Larreta; secretario, D. Samuel Glusberg; tesorero, D. Rómulo Zabala, y vocales los señores Arturo Cancela, Ezequiel Martínez Estrada, Arturo Capdevila y Evar Méndez.

Esta comisión designó a tres de sus miembros para entrevistarse con el presidente de la República y obtener el apoyo oficial para la iniciativa. Entrevistado el Dr. Alvear por los Sres. Arturo Cancela, Ezequiel Martínez Estrada y Samuel Glusberg, les prometió la ayuda moral y pecuniaria del P. E., ofreciéndoles el Teatro Cervantes para instalar la exposición.

El plan trazado comprende la exhibición de obras literarias, científicas y artísticas publicadas en los últimos años.

Los editores, impresores y libreros de toda la República han prometido concurrir con todas sus obras nacionales, y se espera obtener el concurso de bibliófilos y particulares que posean colecciones valiosas. Habrá también una sección destinada a las publicaciones oficiales, otra a las obras impresas en provincias, y otra sección de obras retrospectivas, que empezará con la producción de la imprenta de los niños expósitos hasta Casavalle y Ameghino. Se destinará igualmente una sala a exponer "ex libris" de pintores y dibujantes nacionales, así como muchas vitrinas para autógrafos y encuadernaciones artísticas. Después de constituirse definitivamente la Junta Ejecutiva se ha reunido en el Museo Mitre designando las siguientes comisiones:

Exposición

Nacional de Libro

en Buenos Aires

De autores (sección letras): Paúl Groussac, Leopoldo Lugones, Ricardo Rojas, Mario Bravo, Nicolás Coronado, Fernández Moreno, Alberto Gerchunoff, Roberto F. Giusti, Víctor Juan Guillot, Leopoldo Hurtado, Benito Lynch y Horacio Quiroga; de autores (sección ciencias): Nicolás Matienzo, Norberto Piñero, Juan P. Ramos, Bernardo Housay, Alejandro Korn, Alfredo Colmo, Ramón Loyarte, Julio R. Castiñeiras, Enrique Butty, Alejandro E. Bunge, Martín Noel y Emilio A. Coni; auxiliar de bibliófilos: Narciso Binayan, Juan Canter, Ramón J. Cárcano, M. Conde, Montero, Juan Angel Farini, Alejo González Garaño, Ricardo Levene, Diego Luis Molinari, Félix Outes, Enrique Peña, Emilio Ravnani y Rómulo Zabala; auxiliar de artistas: Juan Alonso, Adolfo Bellocq, José Bonomi, Rodolfo Franco, Alfredo Guido, Juan Hohmann, Juan Carlos Huergo, Gregorio López Naguil, Luis Macaya, Julio E. Payró, Miguel Petrone y Alejandro Sirio.

Representantes en las capitales y ciudades importantes de provincias: Enrique Herrero Ducloux (La Plata), Tobias Bonessatti (Bahía Blanca), Juan Alvarez (Rosario), Miguel Angel Correa (Santa Fe), Humberto Pietranera (Paraná), Ismael Grosso (Corrientes), Raúl Orgaz (Córdoba), Juan B. Terán (Tucumán), Guillermo Correa (Cataratas), Julio V. González (La Rioja), Juan W. Gez (San Luis), Bernardo Canal Feijó (S. del Estero), Manuel Lugones (Mendoza), Narciso Mallea (San Juan), Bernardo Frías (Salta) y Joaquín Carrillo (Jujuy).

También se nombró una comisión jurídica para estudiar todos los problemas relacionados con la propiedad literaria. Integran esa comisión los Dres. Juan Bibiloni, Víctor Juan Guillot y Augusto Rodríguez Larreta.

Por su parte, los editores, impresores y libreros designaron también una comisión cooperadora formada por los señores: Emilio Drochi de la casa Angel Estrada y Cía.; Lorenzo José Rosso, Nivardo Reyero Ontiyuelo, de la casa Jacobo Peuser; Federico Crespillo, Miguel Lillo, por la de Juan Roldán y Cía.; Manuel Gleizer, Benito E. Lelong, por la de Aquino y Cía.

Representante ante la junta ejecutiva de la Exposición Nacional del Libro fué designado D. Alfredo Drochi.

Posteriormente la Junta Ejecutiva volvió a reunirse resolviendo realizar un concurso de "affiches" entre los artistas y residentes en el país. Al efecto se instituyeron tres premios: el primero de 1000 pesos, el segundo de 500 y el tercero de 300.

Todos los trabajos que se presenten a este certamen deberán ser rigurosamente originales e inéditos.

Los dibujos serán en colores, y el tamaño de cada original deberá tener 1 x 0.65 m.

Todos los "affiches" deberán venir con seudónimo y el nombre del autor presentado en sobre cerrado, según costumbre.

Cada "affiche" ha de llevar la siguiente leyenda: Primera Exposición Nacional del Libro, Teatro Cervantes, Buenos Aires, septiembre de 1928.

El envío de los originales se hará dentro del plazo comprendido entre el 15 y 31 de julio próximo, directamente al Museo Mitre.

El jurado estará integrado por el presidente de la Exposición Nacional del Libro, Dr. Enrique Larreta, y los Sres. Atilio Chiappori, José León Pagano y M. Rojas Silveyra.

El fallo del jurado es inapelable.

DIEZ páginas de programa, diez páginas de promesas, en francés, en inglés y en español. En cincuenta cuadros, la revista del presente, del pasado y del futuro. El mundo es un arrabal de París: desde tierras remotas, los barcos y los trenes han andado días y noches para llenar esta sala que ahora espera ansiosa delante del telón. Ya lo alzan; ya comienza, entre vestidos y desnudos que deslumbran, el andar prodigioso de los hombres, las leguas y los años. ¡Trescientas mujeres, seiscientas piernas, toda la Geografía y toda la Historia!

La moda actual traslada a la calle la vida sexual de la alcoba. Hace algunos años las piernas femeninas, después de varios siglos de misterio, entraron en el reino de las cosas conocidas. El "café-concert" parisiense enseñó a las mujeres el arte de tener piernas. Se revelaron muchas imperfecciones, se descubrieron muchas miserias, pero desde entonces, bonitas o feas, flacas o gordas, derechas o torcidas, las pantorrillas de las mujeres, perdiendo su misterio medioeval, fueron entrando en el reino de nuestras cosas cotidianas. Ahora, desde la cátedra del music-hall, París enseña al mundo el arte de llevar senos. Es una primera intimidad de amor, compartida por cada hombre con la multitud que le rodea. Ante la revelación increíble, después de un nervioso primer instante azorado, los hombres componen en la platea una actitud tranquila e indiferente. Cumplimos con esta tranquilidad un deber de civilización. Un aire de hipocresía recorre la sala y disfraza los instintos en grave indiferencia de museo. (¿Son de mujer estos senos o son, simplemente, los senos de M. Volterra?) En esta tremenda ficción que París nos impone, cada uno de nosotros finge un Don Juan saciado y aburrido para quien la carne pasa sin decir nada.

Dentro de un cuerpo de baile la personalidad de la girl es inmoral. Partes comunes de un mismo cuerpo, las bailarinas, para hacerse perdonar su desnudo, son iguales entre sí y se confunden en un movimiento único. Si alguna de ellas, al darse vuelta, mostrara una mancha sobre la espalda desnuda, el espectáculo, más que desagradable, sería inmoral. (Es ésta, precisamente, la inmoralidad de los lunares). Ha de ser uno para todas el color, el peso y la altura. En un coro de mujeres flacas, la mujer gorda es inmoral. La moral del baile bataclanesco reposa así en la

(Del libro "Paris, glosario argentino")

Music - Hall

por

Roberto Gache

identidad del vestido, en la igualdad del desnudo y en la simultaneidad del movimiento. Diez mujeres con veinte piernas rítmicas e iguales importan en realidad, para la visión fugaz del espectador, una sola mujer y una sola pierna. Por eso es siempre sin pecado el baile de las girls inglesas. Justeza matemática y mecánica, virtuosa y sin maldad como los números y como las máquinas. En cambio, en la anarquía famosa de las "troupe" criollas, cada pierna que se alza con línea y movimiento independiente es un individuo, una curva, una blancura distinta que llega con sensación también distinta a los sentidos del espectador. Los unos son cuerpos de baile; los otros son bailes de cuerpos.

Vivimos en el siglo de la "varieté"; tenemos la "varieté", más que en el teatro, en el alma. Nos cansamos de todo y nada de lo que logramos parece destinado a durar. En París cambia hasta el color de las mujeres; es el color mismo del amor, que se trans-

forma. El music-hall ha lanzado las negras sobre París, después de descubrirlas, sabrosas y sensuales, en sus aldeas de África y de América. Ellas no tienen como las girls, sus colegas, ni virtud para su desnudo ni pastor para su virtud. En medio del soberbio artificio de la escena, ellas, con su impudor tranquilo y natural, enseñan a París una moral sin hipocresía. Allí en su tierra nacieron y vivieron desnudas. El music-hall era su destino natural. En ellas se honra y se purifica el desnudo de París.

¡Innovación formidable, definitiva decadencia del desnudo! Después de las "girls", los "boys". Las piernas de las mujeres han perdido su importancia. El music-hall moderno ha renovado para los hombres el derecho de bailar en escena. Lo ha renovado todo: tal como ha cambiado las blancas por las negras, cambia ahora las mujeres por los hombres. Pero estas "troupe" de hombres de frac, pese a su juventud y a su agilidad, concuerdan mal con la frivolidad risueña del music-hall. Un hombre es siempre una cosa importante: un hombre de frac es ya una cosa grave. He aquí la ventaja de las girls semidesnudas y virtuosas: son, en medio del decorado, lo que nunca podrá ser hombre alguno: una fantasía sin gravedad y sin importancia. El destino del hombre no es el music-hall. Estas "troupe" de ahora, improvisadas seguramente para satisfacer el capricho de un momento, acabarán en el mostrador, en el taller o en la oficina. Es el destino triste de las cosas útiles.

Ignoramos la voz de las girls; su genio es su silencio. Hay un pequeño misterio en estas bocas que sonrían sin hablar. Pensamos a veces que callan muchas cosas. Sugestionados por su gracia silenciosa, pensamos que también el alma de estas mujeres tiene piernas bonitas. Una girl es simplemente esto: un motivo para la imaginación.

La girl criolla no conoce todavía esta regla de silencio. No le falta ni la juventud ni la línea de la inglesa; le falta solamente su silencio. Frente a ellas el espectador no puede imaginar nada. Hablan, y el misterio se desvanece. Ahí, en esas voces, está toda la vida, vacía, chillona y vulgar, de esas mujeres. Hay en el music-hall, de pronto, ecos de conventillo y olor a cocina. Es tiempo, en verdad, de que nuestras girls aprendan a callar. El baile es siempre el mejor destino de nuestro silencio.

ACOSTA, mayordomo del Meteoro, que remontaba el Alto Paraná, cada quince días, sabía bien una cosa, y es ésta: que nada hay más rápido, ni aun la corriente del mismo río, que la explosión que desata una damajuana de caña lanzada sobre un obraje. Su aventura con Korner, pues, pudo finalizar en un terreno hartó conocido de él.

Por regla absoluta — con una sola excepción — que es ley en el Alto Paraná, en los obrajes no se permite caña. Ni los almacenes la venden, ni se tolera una sola botella, sea cual fuere su origen. En los obrajes hay resentimientos y amarguras que no conviene traer a la memoria de los mensús. Cien gramos de alcohol por cabeza, concluirán en dos horas con el obraje más militarizado.

A Acosta no le convenía una explosión de esta magnitud, y por esto su ingenio se ejercitaba en pequeños contrabandos, copas despachadas a los mensús en el mismo vapor, a la salida de cada puerto. El capitán lo sabía, y con él el pasaje entero, formado casi exclusivamente por dueños y mayordomos de obraje. Pero como el astuto correntino no pasaba de prudentes dosis, todo iba a pedir de boca.

Ahora bien, quiso la desgracia un día que a instancias de la bullanguera tropa de peones, Acosta sintiera relajarse un poco la rigidez de su prudencia. El resultado fué un regocijo entre los mensús tan profundo, que se desencadenó una vertiginosa danza de baúles y guitarras que volaban por el aire.

El escándalo era serio. Bajaron el capitán y casi todos los pasajeros, siendo menester una nueva danza, pero esta vez de rebenque, sobre las cabezas más locas. El proceder es habitual, y el capitán tenía el golpe rápido y duro. La tempestad cesó en seguida. Esto no obstante, se hizo atar de pie contra el palo mayor a un mensú más levantisco que los demás, y todo volvió a su norma.

Pero ahora tocaba el turno a Acosta. Korner, el dueño del obraje cuyo era el puerto en que estaba detenido el vapor, la emprendía con él:

—¡Usted, y sólo usted, tiene la culpa de estas cosas! ¡Por diez miserables centavos, echa a perder a los peones y ocasiona estos bochinchos!

El mayordomo, a fuer de mestizo, contemporizaba.

—¡Pero cálese, y tenga vergüenza! — proseguía Korner—. Por diez miserables centavos... Pero le aseguro que en cuanto llegue a Posadas, denuncio estas picardías a Mitain.

Mitain era el armador del *Meteoro*, lo que tenía sin cuidado a Acosta, quien concluyó por perder la paciencia.

—Al fin y al cabo — respondió — usted nada tiene que ver en esto... Si no le gusta, quéjese a quien quiera... En mi despacho yo hago lo que quiero.

—¡Es lo que vamos a ver! — gritó Korner, disponiéndose a subir. Pero en la escalerilla vió por encima de la baranda de bronce al mensú atado al

Del libro "El Salvaje"

Una Bofetada

por

Horacio Quiroga

palo mayor. Había o no ironía en la mirada del prisionero; Korner se convenció de que la había, al reconocer en aquel indiecito de ojos fríos y bigotitos en punta, a un peón con quien había tenido algo que ver tres meses atrás.

Se encaminó al palo mayor, más rojo aún de rabia. El otro lo vió llegar, sin perder un instante su sonrisita.

—¡Conque sos vos! — le dijo Korner—. ¡Te he de hallar siempre en mi camino! Te había prohibido poner los pies en el obraje, y ahora venís de allí... ¡Compádrilo!

El mensú, como si no oyera, continuó mirándolo con su minúscula sonrisa. Korner, entonces, ciego de ira, lo abofeteó de derecha y revés.

—¡Tomá... compádrilo! ¡Así hay que tratar a los compadres como vos!

El mensú se puso lívido, y miró fijamente a Korner, quien oyó algunas palabras:

—Algún día...

Korner sintió un nuevo impulso de hacerle tragar la amenaza, pero logró contenerse y subió, lanzando invectivas contra el mayordomo que traía el infierno a los obrajes.

Mas esta vez la ofensiva correspondía a Acosta. ¿Qué hacer para molestar en lo hondo a Korner, su cara colorada, su lengua larga y su maldito obraje?

No tardó en hallar el medio. Desde el siguiente viaje de subida, tuvo buen cuidado de surtir a escondidas a los peones que bajaban en Puerto Profundidad (el puerto de Korner) de una o dos damajuanas de caña. Los mensús, más aullantes que de costumbre, pasaban el contrabando en sus baúles, y esa misma noche estallaba el incendio en el obraje.

Durante dos meses, cada vapor que bajaba el río después de haberlo remontado el *Meteoro*, alzaba indefectiblemente en Puerto Profundidad cuatro o cinco heridos. Korner, desesperado, no lograba localizar al contrabandista de caña, al incendiario. Pero al cabo de ese tiempo, Acosta había considerado discreto no alimentar más el fuego, y los machetes dejaron de trabajar. Buen negocio en suma para el correntino, que había concebido venganza y ganancia, todo sobre la propia cabeza pelada de Korner.

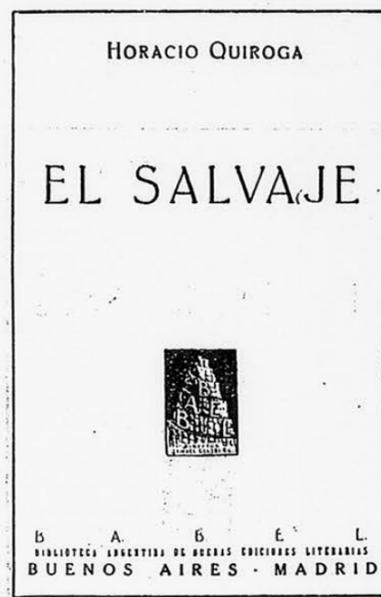
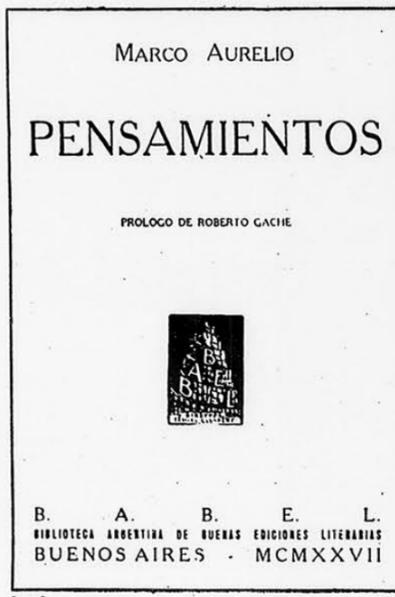
Pasaron dos años. El mensú abofeteado había trabajado en varios obrajes, sin serle permitido poner una sola vez los pies en Puerto Profundidad. Ya se ve: el antiguo disgusto con Korner y el episodio del palo mayor, habían convertido al indiecito en persona poco grata a la administración. El mensú, entretanto, invadido por la molicie aborigen, quedaba largas temporadas en Posadas, vagando, viviendo de sus bigotitos en punta, que encendían el corazón de las mensualeras. Su corte de pelo en melena corta, sobre todo, muy poco común en el extremo norte, encantaba a las muchachas con la seducción de su aceite y sus violentas locuciones.

Un buen día se decidía a aceptar la primer contrata al paso, y remontaba el Paraná. Chancelaba presto su anticipo, pues tenía un magnífico brazo; descendía a este puerto, a aquél, los sondaba todos, tratando de llegar adonde quería. Pero era en vano: en todos los obrajes se le aceptaba con placer, menos en Profundidad; allí estaba de más. Cogió entonces nueva crisis de desgano y cansancio, y tornaba a pasar meses enteros en Posadas, el cuerpo enervado y el bigotito saturado de esencias.

Corrieron aún tres años. En ese tiempo el mensú subió una sola vez al Alto Paraná, habiendo concluido por considerar sus medios de vida actuales mucho menos fatigosos que los del monte. Y aunque el antiguo y duro cansancio de los brazos era ahora reemplazado por la constante fatiga de las piernas, hallaba aquello de su gusto.

No conocía — o no frecuentaba, por lo menos — de Posadas más que la Bajada y el puerto. No salía de ese barrio de los mensús; pasaba del rancho de una mensualera a otro; luego iba al boliche, después al puerto, a festejar en corro de aullidos el embarque diario de los mensús, para concluir de noche en los bailes a cinco centavos la pieza.

—Ché amigo! — le gritaban los peo-



nes—. ¡No te gusta más tu hacha! ¡Te gusta la bailanta, ché amigo!

El indiecito sonreía, satisfecho de sus bigotes y su melena lustrosa.

Un día, sin embargo, levantó vivamente la cabeza y la volvió, toda oídos, a los conchabadores que ofrecían espléndidos anticipos a una tropa de mensús recién desembarcados. Se trataba del arriendo de Puerto Cabriuva, casi en los saltos del Guayra, por la empresa que regentaba Korner. Había allí mucha madera en barranca, y se precisaba gente. Buen jornal, — y un poco de caña, ya se sabe.

Tres días después, los mismos mensús que acababan de bajar extenuados por nueve meses de obraje, tornaban a subir, después de haber derrochado fantástica y brutalmente en cuarenta y ocho horas doscientos pesos de anticipo.

No fué poca la sorpresa de los peones al ver al buen mozo entre ellos.

—¡Opama la fiesta, ché amigo! — le gritaban—. ¡Otra vez la hacha, añamb!...

Llegaron a Puerto Cabriuva, y desde esa misma tarde la cuadrilla del mensú fué destinada a las jangadas.

Pasó por consiguiente dos meses trabajando bajo un sol de fuego, tumbando vigas desde lo alto de la barranca al río, a punta de palanca, en esfuerzos congestivos que tendían como alambres los tendones del cuello a los siete mensús enfilados.

Luego, el trabajo en el río, a nado, con veinte brazas de agua bajo los pies, juntando los troncos, remolcándolos, inmovilizados en los cabezales de las vigas horas enteras, con los hombros y los brazos únicamente fuera de agua. A labo de cuatro, seis horas, el hombre trepa a la jangada, se le iza, mejor dicho, pues está helado. No es así extraño que la administración tenga siempre reservada un poco de caña para estos casos, los únicos en que se infringe la ley. El hombre toma una copa y vuelve otra vez al agua.

El mensú tuvo su parte en este rudo quehacer, y bajó con la inmensa almadía hasta Puerto Profundidad. Nuestro hombre había contado con esto para que se le permitiera bajar en el puerto. En efecto, en la Comisaría del obraje o no se le reconoció, o se hizo la vista gorda, en razón de la urgencia del trabajo. Lo cierto es que recibida la jangada, se le encomendó al mensú, juntamente con tres peones, la conducción de una recua de mulas a la Carrería, varias leguas adentro. No pedía otra cosa el mensú, que salió a la mañana siguiente, arreando su tropilla por la picada maestra.

Hacia ese día mucho calor. Entre la doble muralla de bosque, el camino rojo deslumbraba de sol. El silencio de la selva a esa hora parecía aumentar la mareante vibración del aire sobre la arena volcánica. Ni un soplo de aire, ni un pío de pájaro. Bajo el sol a plomo que enmudecía a las chicharras, la tropilla aureolada de tábanos avanzaba monótonamente por la picada, cabizbaja de modorra y luz.

A la una, los peones hicieron alto para tomar mate. Un momento después

divisaban a su patrón que avanzaba hacia ellos por la picada. Venía solo, a caballo, con su gran casco de pita. Korner se detuvo, hizo dos o tres preguntas al peón más inmediato, y recién entonces reconoció al indiecito, doblado sobre la pava de agua.

El rostro sudoroso de Korner enrojeció un punto más, y se irguió en los estribos.

—¡Eh, vos! ¿Qué hacés aquí? — le gritó furioso.

El indiecito se incorporó sin prisa. —Parece que no sabe saludar a la gente—contestó avanzando lento hacia su patrón.

Korner sacó el revólver e hizo fuego. El tiro tuvo tiempo de salir, pero a la loca: un revés de machete había lanzado al aire el revólver, con el índice adherido al gatillo. Un instante después Korner estaba por tierra, con el indiecito encima.

Los peones habían quedado inmóviles, ostensiblemente ganados por la audacia de su compañero.

—¡Sigan ustedes!—les gritó éste con voz ahogada, sin volver la cabeza. Los otros prosiguieron su deber, que era para ellos arrear las mulas, según lo ordenado, y la tropilla se perdió en la picada.

El mensú, entonces, siempre conteniendo a Korner contra el suelo, tiró lejos el cuchillo de éste, y de un salto se puso de pie. Tenía en la mano el rebenque de su patrón, de cuero de anta. —Levántate—le dijo.

Korner se levantó, empapado en sangre e insultos, e intentó una embestida. Pero el látigo cayó tan violentamente sobre su cara que lo lanzó a tierra.

—Levántate—repitió el mensú.

Korner tornó a levantarse.

—Ahora caminá.

Y como Korner, enloquecido de indignación, iniciara otro ataque, el recayó sobre su espalda.

—Caminá.

Korner caminó. Su humillación, casi apoplética, su mano desgranándose, la fatiga, lo habían vencido y caminaba. A ratos, sin embargo, la intensidad de su afrenta detenía con un huracán de

amenazas. Pero el mensú no parecía oír. El látigo caía de nuevo, terrible, sobre su nuca.

—Caminá.

Iban solos por la picada, rumbo al río, en silenciosa pareja, el mensú un poco detrás. El sol quemaba la cabeza, las botas, los pies. Igual silencio que en la mañana, diluido en el mismo vago zumbido de la selva aletargada. Sólo de vez en cuando sonaba el restallido del rebenque sobre la espalda de Korner.

—Caminá.

Durante cinco horas, kilómetro tras kilómetro, Korner sorbió hasta las heces la humillación y el dolor de su situación. Herido, ahogado, con fugitivos golpes de apoplejía, en balde intentó varias veces detenerse. El mensú no decía una palabra, pero el látigo caía de nuevo, y Korner caminaba.

Al entrar el sol, y para evitar la Comisaría, la pareja abandonó la picada maestra por un pique que conducía también al Paraná. Korner, perdida con ese cambio de rumbo la última posibilidad de auxilio, se tendió en el suelo, dispuesto a no dar un paso más. Pero el rebenque, con golpes de brazo habituado al hacha, comenzó a caer.

—Caminá.

Al quinto latigazo Korner se incorporó, y en el cuarto de hora final los rebencazos cayeron cada veinte pasos con incansable fuerza sobre la espalda y la nuca de Korner, que se tambaleaba como sonámbulo.

Llegaron por fin al río, cuya costa remontaron hasta la jangada. Korner tuvo que subir a ella, tuvo que caminar como le fué posible hasta el extremo opuesto, y allí en el límite de sus fuerzas, se desplomó de boca, la cabeza entre los brazos.

El mensú se acercó. —Ahora—habló por fin—, esto es para que saludés a la gente... Y esto para que sopapeés a la gente...

Y el rebenque, con terrible y monótona violencia, cayó sin tregua sobre la cabeza y la nuca de Korner, arrancándole mechones sanguinolentos de pelo.

Korner no se movía más. El mensú cortó entonces la amarras de la jangada, y subiendo en la canoa, ató un cabo a la popa de la almadía y paleó vigorosamente.

Por leve que fuera la tracción sobre la inmensa mole de vigas, el esfuerzo inicial bastó. La jangada viró insensiblemente, entró en la corriente, y el hombre cortó entonces el cabo.

El sol había entrado hacía rato. El ambiente, calcinado dos horas antes, tenía ahora una frescura y quietud fúnebres. Bajo el cielo aun verde, la jangada derivaba girando, entraba en la sombra transparente de la costa paraguaya, para resurgir de nuevo a la distancia, como una línea negra ya.

El mensú derivaba también oblicuamente hacia el Brasil, donde debía permanecer hasta el fin de sus días.

—Voy a perder la bandera—murmuraba mientras se ataba un hilo en la muñeca fatigada. Y con una fría mirada a la jangada que iba al desastre inevitable, concluyó entre los dientes:

—¡Pero ése no va a sopapear más a nadie, gringo de un añá membú!

Del nuevo libro "Poemas, Solariegos"

E L T E S O R O

por

Leopoldo Lugones

Llevo en mí lo mejor de mi padre y mi madre, que en mí es vida gloriosa, y lo mejor del hijo y de la esposa, y así está en mí todo el amor. Lo que en mi madre fué belleza y en mi padre vigor y nobleza, en la esposa fe segura y en el hijo ternura, ilumina mi corazón con esplendor absoluto, como la talla que al diamante bruto en sesenta y seis rayos le da la perfección.

Llevo en mí la Patria entera, que es una dulzura cordial, como la miel del panal lleva en una gota la pradera. Llevo a los días por claros testigos de mi honrado y cuerdo afán, y llevo la amistad de los amigos como el cesto lleva pan, Llevo un doblón de luna en mi cofre abierto, y la cebada del asno muerto en el saco roto del refrán.

Llevo en la leve nieve de mis cabellos grises la serenidad de alturas superiores. Llevo la inmensidad del mar y de los países, como una pompa de jabón los colores.

Llevo en lo profundo de mis ojos, millares de soles y estrellas, con que me revelaron la hermosura del mundo los días claros y las noches bellas. Llevo los espíritus esenciales con que siento dilatarse mi seno en la felicidad de los rosales y en la fragante sencillez del heno. Así mi olfato resume todo el perfume que supe aspirar;

y como total primicia, llevo en mi gusto la delicia del beso, el vino y el manjar. Fluida por mis cañas rusticanas, llevo en mi oído toda la armonía; y en juvenil perpetuidad lozanas, redondea mi tacto las manzanas del Edén que de nuevo perdería. Llevo el ingenio y la filosofía de los libros que me dieron su ciencia. Y cuando la borrasca nieva y bufa, tengo la experiencia que es la carretada de leña de mi estufa.

Llevo la adversidad que en mi íntima copa escancia el bálsamo de la tolerancia y el elixir de la piedad. Llevo la constancia, compuesta de firmeza y de humildad, como el bronce se forma del estaño y del cobre, y me llevo a mí mismo como a un hermano pobre que trabajó sin suerte pero con dignidad.

Misero y rico, yo soy ese tesoro, como lo eres tú lector,

con tu pena y con tu amor que te dan la mirra y el oro. Por eso es bella la vida y digna de todo canto, y por eso valen tanto tu íntimo diamante y tu perla escondida.

No angusties lo breve de tu vida dichosa, con el enigma que en la tumba empieza. Aprende, hojeando el libro de la rosa, que el destino total de su belleza la flor lo alcanza con morir hermosa.

La verdad de las rosas es la buena. Fulgura en su santuario el dios tremendo; mas todo templo, al fin, se hunde en la arena... sólo las rosas siguen floreciendo.

No arriesgues tu oro en complicada alquimia. Sea una noble sencillez tu fuerza. Y para que tu mosto no se tuerza, bébetelo todo, antes de la nueva vendimia. Que una ebriedad ligera tu alma encante con su llama dichosa y fútil. La vida es una copa declinante, que si no apuras, se derrama inútil.

Y esa copa que es lo mejor del tesoro, así que la hez de su licor te vierte, se te vuelve completamente de oro, como toda copa digna de dar la muerte. Entonces, sobre cuanto has padecido, y has amado y pecado, leve como la tarde sobre el prado, cae el perdón supremo del olvido...

...Y ésa es tu redención. Si has bien amado, qué más puedes querer que haber vivido. Sólo el que no amó bien se ausenta triste. En ti están la victoria y el contraste. Nadie disfruta el beso que no diste, ni la ventura que te malograste.

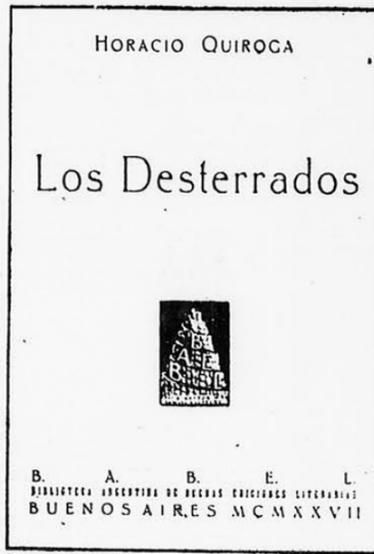
Deja a los dioses en su paz suprema o en su olímpico hastío, que ellos también un día, deponiendo cetro y diadema, abandonan por Leda o por María.

Es buscarle fondo al abismo indagar el secreto de la eternidad. El tesoro se halla en ti mismo y es amor, dolor y bondad.

De los racimos que el amor te brinda, te exprimirá más ciencia que los sabios la que a envidiada esclavitud te rinda, porque fué generosa de sus labios.

A tu sedienta imperfección sincero, en la conformidad que nada arredra, verás cómo el dolor, tenaz pocero, saca el agua entrañable de tu piedra.

Y la última bondad de tu alma pía será cual la hoja, que marchita ya, cae, alfombrando de oro todavía, la senda en la que nunca volverá...



Panorama literario de los Estados Unidos

LOS ENSAYISTAS

(Del interesante libro *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* que acaba de aparecer)

LOS NOVELISTAS

HABIA sido costumbre, al juzgar a los Estados Unidos, censurar aspectos parciales de su existencia nacional, esperando que el tiempo los corrigiera. Ahora cambia la actitud: se discute el conjunto de aquella civilización, su significado y su valor. La acusación de mercantilismo es cierta, pero superficial: se cava a fondo, para descubrir las raíces del mal. El mercantilismo, la absorbente preocupación de la riqueza, se encuentra en sociedades del ayer o del presente: el problema está en por qué la vida en los Estados Unidos descontenta, más que ninguna, a hombres y mujeres de espíritu, a pesar de las maravillas de su industria, a pesar de la honestidad común y la bondad fácil. De los fenicios no sabemos si conocían el descontento trascendental. Hay quienes citan la Venecia del Renacimiento: si su mercantilismo se asemejó al de hoy (lo dudo mucho), las compensaciones eran enormes. Y la Inglaterra del siglo XIX, con su imperialismo, de insensibilidad felina para el dolor cuando quien lo sufre es otro pueblo, con su industria, que pagaba salarios de hambre y solo a golpes se dejaba arrancar los mendrugos que devolvieran al trabajador su salud y su fuerza de hombre. Pero Inglaterra tuvo vida espiritual intensa, donde se incubaba la generosidad redentora; tuvo vida social discreta, propicia a la meditación y a la creación. Disraeli pudo decir: "Para vivir no hay en la Tierra más que Londres y París; todo lo demás es paisaje". El inglés, pensador o artista, pudo entonces vivir en rebeldía, como Carlyle, o Matthew Arnold, o William Morris; pero pudo vivir en concordia con su ambiente, como Tennyson, como Thackeray. En los Estados Unidos del siglo XX el pensador y el artista, si son genuinos, son rebeldes: instinto y razón les avisan que la aquiescencia los hundiría en la mediocridad. La preocupación económica no hace sola el daño: es el conjunto de estrecheces heredadas y adquiridas, la religión sin luz del puritano, la asfixiante moral de inhibiciones y prohibiciones, los temores y prejuicios de raza, la interpretación reverencialmente confusa de la democracia, el noble instinto del trabajo preso en el círculo vicioso de la prosperidad, la pobreza íntima de la "vida de frontera", aturdida entre el fenés de diversiones donde sólo el cuerpo es activo, la máquina y la empresa que propagan la uniformidad para la materia y para el espíritu. Pero esas estrecheces no le estorban al hombre satisfecho de la vida porque ha conquistado la comodidad y el lujo o porque espera conquistarlos. La desnudez mental en que dejan al hombre la tradición y las costumbres del país le impiden afrontar con discernimiento el imprevisto esplendor de la existencia amaterial. La aquiescencia del pensador o del artista significaría acomodarse al optimismo, entre ingenuo y cínico, del mercader que cree resueltos los problemas porque él ha atinado a poner de acuerdo su puritanismo oficial y su hedonismo instintivo.

Al ejército de rebeldes deberán su salvación moral e intelectual los Estados Unidos si no lo vence el poderoso ejército de los filisteos, que guarda en sus cajas de hierro todo el oro del mundo. La lucha está indecisa.

Del batallón de los ensayistas, el que más inquieta al público es Henry Louis Mencken. Para los "buenos patriotas", es la pesadilla indomable, el genio del mal, el corruptor supremo. Desafía, con coraje burlesco, todas las siras, y procura que nadie deje escuchar sus blasfemias. Ha llegado a escribir, en su odio a los absurdos nacionales: "Cuan-



H. L. Mencken.

do los japoneses conquisten los Estados Unidos y la república descienda a los infiernos..."

H. L. Mencken es señor del estilo epigramático, centelleante, crepitante, sazornado de cultismos y popularismos sabrosos; fértil en la invención de hipérbolos humorísticas, definiciones grotescas, desprecios contundentes. Incansable en la cacería del filisteo, lo persigue hasta sus tabernáculos de respetabilidad y convierte en términos de oprobio sus orgullos: homo americanus, Rotary Clubs, logias, congresos, universidades de alfalfa... Ha compilado, con George Jean Nathan, otro ágil ensayista y crítico, el diccionario de los dogmas nacionales, desde los errores comunes sobre astronomía o meteorología hasta las fórmulas de la incomprensión temerosa en política.

Pero Mencken acompaña con canto y risa cada golpe de piqueta. La alegría de su golpear anuncia la reconstrucción: se destruye para reemplazar. Uno de los iniciadores de la era de demolición y reconstrucción, Ralldoph Bourne, aspiraba a fundar "un nuevo espíritu de fraternidad en la juventud de los Estados Unidos como principio de una actitud revolucionaria en nuestra vida; una liga de la juventud, conscientemente organizada para crear, en

el ciego caos de la sociedad americana, un orden de cultura, libre, armonioso, con poder de expresión".

Entre los reconstructores, legión nutrida e infatigable, Waldo Frank despierta nuestra simpatía, porque ha sentido hondamente la atracción del mundo hispánico y busca en él tesoros cuyo secreto llevará consigo para enriquecer su tierra natal. En su *España virgen* (1926), convierte en canto de amante místico el furor de profeta, cálido en la indignación, intenso en la visión, que le dictó el libro dedicado a su patria: *Nuestra América* (1919).

Las discusiones de la vida nacional pululan en la crítica literaria, convirtiéndola en crítica social. El representante típico de la tendencia es Van Wyck Brooks, con sus estudios sobre Emerson, Henry James, Mark Twain. Muchos se acogen al ejemplo: así, Lloyd Morris con su severo libro sobre Hawthorne, *El puritano rebelde* (1927). Frente a los censores se alza el grupo de apología y defensa. Entre los defensores, se distingue Stuart Pratt Sherman (m. 1926), estilista puro, razonador discreto, buen juzgador de literatura. Ensayo la justificación del espíritu norteamericano, resumiendo sus aspiraciones en la fórmula del "ascetismo atlético": tribuye a la fórmula virtudes griegas. Pero las virtudes griegas eran más ricas. A la retaguardia desfilan los ancianos irritados: creen que el país va hacia el desastre moral e intelectual; no culpan al filisteo: culpan al rebelde, al reformador. El viejo catedrático de Yale, Irving Babbitt, buscando la fuente del mal moderno, la encuentra en Rousseau; predica el abandono de todos los romanticismos y el retorno al racionalismo académico.

Y de todas, la más original forma de crítica de la vida nacional es la autobiografía. El ejemplo vino de Henry Adams, cuya *Educación* plantea todas las antinomias de Occidente. Tres libros autobiográficos significativos son: el de Lewisohn, el de Kreymborg, el de Sherwood Anderson.

Ludwig Lewisohn, en su *Corriente arriba* (1921), recuerda las amarguras de sus padres: judíos alemanes de buena cultura, al abandonar Europa padecen inadaptación, porque les falta la ingenuidad del inmigrante rústico, la tabla rasa donde fácilmente se imprimen los caracteres del Nuevo Mundo. Y narra las amarguras propias, las amarguras del judío, víctima de perpetua conspiración sigilosa, de extraño prejuicio, inexplicable en una sociedad a la que él no trajo problemas. A pesar de sus momentos de pesadez teutónica, el libro interesa en todas sus páginas, y las tiene conmovedoras.

De muy diferente sabor, no trágico, sino lírico, son las autobiografías de Alfred Kreymborg y de Sherwood Anderson, dos de los escritores íntegramente admirables de la generación actual. Ante la vida norteamericana, y sus errores, y sus durezas, y su desperdicio de fuerzas espirituales, no claman, ni apenas protestan: se encogen de hombros, tararean una canción, y se van por senderos solitarios, donde hay pájaros todavía y no corren las multitudes estentóreas en automóvil. Renuncian a los espejismos de la civilización: no los sujeta ningún imán, ni el palacio sustentado sobre hierro, ni la teoría solemne desplegada como bandera en la universidad; se escapan a pensar, a mirar, a oír, a imaginar, a buscar el pensamiento libre, la visión pura. Aires de libertad y purezaorean cuanto escriben: versos, novelas, historia íntima; Sherwood Anderson, inclinándose a mayor energía Alfred Kreymborg, a mayor delicadeza.

La novela está saturada de problemas nacionales. Los trae en solución desde los tiempos de Howells y James, a quien le fascinaron las vicisitudes del descasamiento, el caso del hombre de América en Europa; se hacen densos en Edith Wharton; ¡áspero sabor el de *La costumbre del país!* Ahora abundan los novelistas de problemas. Uno de los que dan la pauta es Sinclair Lewis: en *Main Street* pintó el cerrado horizonte de las ciudades pequeñas; en *Babbitt*, el conflicto y la derrota del hombre de negocios a quien la sociedad lo amenaza con ruina y ostracismo, si no acepta sumisamente sus dogmas, y lo compra con la ayuda afectuosa en momentos difíciles, en *Arrowsmith*, la batalla que ha de refir el hombre de ciencia para defender su labor desinteresada contra la rapacidad del dinero, codicioso de anexársela y esclavizarla a sus miras; en *Elmer Gantry*, la picaresca historia de la religión convertida en empresa. Difuso en la narración, inseguro en la crítica, Sinclair Lewis se impone por la fuerza instintiva con que concibe situaciones y problemas. Junto a los que hacen crítica de la vida en novela y cuento, están los que hacen caricatura como Ring Lardner, cuya amarga sátira se emboza en la capa pintoresca del *slang*, el habla popular espejeante de modismos.

Es novedad la preferencia dedicada al término medio: al hombre de tipo medio, a la ciudad de tipo medio. Antes, en Europa como en América, las preferencias corrían hacia los extremos: héroes o fieras, ricos o pobres, aristócratas o rústicos. Para el término medio, el hombre mediocre, el vulgo, bien

poca simpatía. Cuando los realistas franceses lo adoptan, es para tratarlo con desoladora sequedad. Pero en los Estados Unidos el hombre medio es todo: el archimillonario piensa como el comerciante modesto; el proletario es de origen extranjero, y su ascenso en nivel económico coincide siempre con su "americanización" en ideas. No se comprenderá el país sin estudiar al hombre medio. La novela hace de él su asunto esencial (*).



Teodoro Dreiser.

Pero no se han abandonado los temas que eran ya familiares, y a la interpretación de la vida rural hasta se suman cada día nuevos aspectos, regiones antes inexploradas. Queda, finalmente, junto a la vida cotidiana, la novela de fantasía.

Como en los asuntos, en el orden técnico hay conservación e innovación. Los conservadores se atienen a los moldes del pasado, a la herencia del realismo: unos, perezosamente, esquivando el esfuerzo de inventar formas, como Sinclair Lewis o Theodore Dreiser; otros, activamente, con inteligencia vigilante, como Willa Cather, en quien descubrimos la intuición de la soledad de alma del norteamericano que no se embriaga con la fruición de las cosas materiales (*La casa del catedrático*) y el sentido de la liberación gitana (*Mi Antonia*).

La constelación de los innovadores

(*) En artículo reciente de la "Yale Review" (Julio de 1927), Edith Wharton recuerda que *Main Street*, el horizonte estrecho de la ciudad pequeña, había dado asunto a novelas de alta calidad: Pan ázimo, de Robert Grant, escrita a fines del siglo XIX; *MacTeague* de Frank Norris y *Susana Lenox* de Graham Phillips; pero no despertaron resonancia.

desafía, a las primeras miradas, toda ordenación. Pero pronto la vemos partirse en estrellas azules y estrellas rojas; intuitivos e imaginativos. Entre los intuitivos: Joseph Hergesheimer, James Branch Cabell. Las dos tendencias se combinan, a veces en Waldo Frank, en John Dos Passos.

Los intuitivos, llevando las tesis de la metafísica romántica a sus consecuencias últimas, proceden como si la única realidad existiese en el espíritu, en la intuición inmediata: la novela se desenvuelve fuera del tiempo convencional en que todos participan, sin atención al espacio donde todos caben; se desenvuelve en la "duración real", en la cabeza del protagonista. La forma natural de tales novelas es el monólogo interno: estuvo en gestación desde que se hizo costumbre situar los acontecimientos bajo un solo foco de visión, contemplarlos desde el punto de vista de uno solo de los personajes, cosa que en las viejas narraciones ocurría excepcionalmente, cuando se adoptaba la forma de cartas o de diario. El río que nace en *Rojo y negro* va a desembocar en el *Ulises* de James Joyce. La novela se construye como cadena de eslabones puramente intuitivos, — sensaciones y recuerdos, — en el orden espontáneo en que fluye el monólogo interno, sin la lógica artificial de la narración clásica: arquetipo que se hace realidad concreta en obras como la ondulante *Risa oscura* de Sherwood Anderson.

Los imaginativos — así les llamo a falta de nombre menos genérico — adornan la novela con imágenes complejas, recogidas del mundo exterior o tejidas con hilos arrancados a su trama. En vez de la sensación simple y la introspección de los intuitivos, que sólo saben de sí propios, los novelistas imaginativos se sitúan a distancia del espectáculo que evocan, escogen perspectivas, organizan conjuntos. Su imaginaria es adornada pintoresco en Carl Van Vechten o Ernest Hemingway; es reconstrucción de ambientes remotos en el tiempo o exóticos por la distancia, como en Joseph Hergesheimer; es invención de reino fantásticos y deliciosos, en James Branch Cabell.

Cabell y Hergesheimer son figuras centrales. Cabell, que envuelve sus invenciones en estilo preciosista, con dejos arcaizantes, a la manera de Valle-Inclán, ha definido con fina precisión, como Valle-Inclán, sus ideas estéticas.

Pero en la más nutrida opinión aclama como el novelista máximo de los Estados Unidos a Theodore Dreiser: tiene admiradores que lo exaltan junto a Dostoyevski, junto a Conrad. Sherwood Anderson — a quien, personalmente, prefiero — lo llama "el hombre más importante de los Estados Unidos en nuestro tiempo"; sólo deplora sus atrocidades de forma. A pesar del estilo descuidado, a pesar de la técnica enfadosa, Dreiser es un novelista poderoso en la pasión y en la ternura (2).

(2) Novelas principales de Theodore Dreiser: *Jennie Gerhardt*; *El genio* (prohibido por la censura); *Una tragedia americana*; *La hermana Carrie*; *El financiero*.

ESPEJO

LOVIO anoche, y hoy el campo tiene agua en la palma de la mano.

El aire insufla su frescura hipodérmica. Un poco de mujer y todo de cisterna.

En esta lagunilla también veo la altura, como por un agujero.

Hasta el sol deslumbrante y el tranquilo azul, en lo infinitamente mínimo.

Misterioso como todo espejo, lo que está fuera tiene dentro.

(La cuarta dimensión, dada en arte antes que en matemáticas).

Este charco en el campo es también cielo. No sé si más que el otro, o menos.

EL PAJARO

NO eres el de los versos cursivos ni el de la módica tarjeta postal, ni el eterno pájaro azul de la labor escolar, ni siquiera del libro de Julio Michelet. Eres el que cantaba en Shantiniketan!

Cuando Pantajalí se marchó al bosque a orar y meditar, tú le llevabas diariamente tres gránulos de mijo candéal; Apolonio de Tyana habló contigo, Sigfrido te pudo cantar una canción algo romántica y algo wagneriana, además; escuchaste a Pitágoras que supo hablar al animal y al vegetal. Yo sólo sé que eres mi hermano: esto sé y nada más. Luego te abro la cárcel de mi mano.

Tú cantando me das las gracias y te vas huido de la muerte. Te contemplo volar, hasta perderte para siempre jamás.

HUMO

MIENTRAS fumo filósofo, o armonizo, o diseño.

Todo se puede hacer con humo, o con menos, con sueño.

El humo es alfabeto de mágico grimorio en que está escrito el mundo; abarca lo exacto y lo perpetuo, como siendo ilusorio.

La vida es sueño, dice. Y luego marca la fórmula invertida (nexo conciliatorio entre don Pedro Calderón de la Barca y don Ramón de Campoamor y Camposorio).

Pero este humo de antimonio y grafito es, a lo más, sencillamente, el puente que une mi hastío con el infinito.

Motivos del cielo

por

Ezequiel Martínez Estrada

NUBES

CUANTAS nubes y cuántas formas hechas y rotas por el viento! No valen más que ellas las normas en la serenidad del firmamento.

He aquí toda la experiencia y la enseñanza de los siglos; nubes con que la inteligencia hace divinidades y vestiglos.

Esto es una momia; aquello una torre firme y bermeja; para Hamlet es un camello o más bien una comadreja.

Tras esas formas se ven guiños de algún socrático demonio. Esto lo saben bien los niños y bien, menos bien, Polonio. Nos reímos de esos querubines que el viento destroza y estira. Y tal vez son verdad las nubes y nosotros somos mentira.

ARCO IRIS

GLORIA al arco de la esperanza que para siempre nos augura la divina alianza! No importa el mar de ira y de amar-gura que lentamente avanza; este arco le asegura la ínsula a Sancho Panza y a Don Quijote la locura!

EZEQUIEL MARTINEZ ESTRADA

MOTIVOS DEL CIELO



B A B E L
BIBLIOTECA NACIONAL DE BUENOS AIRES MADRID

EL VELLOCINO

HACIA los veinte años, y de pronto, querrás, cual D'Artagnan, probar fortuna

bajo el advocativo, un poco tonto, del Caballero de la Blanca Luna.

Prepararás tu nave de fina proa y velamen sonoro, y te irás como un héroe o como un ave a conquistar el Vellocino de Oro.

Serán tus veinte años la más bella obra, tu monumento soberano. Después, como Darío, dirás de ella, de vuelta, a pie, por el estéril llano: —Fué en mi tierra natal (o en una estrella).

Una estrella en la mano!

AL CONSTRUCTOR DE CASTILLOS EN EL VIENTO

GLORIA a tí, maniático arquitecto de arranques y arrebatos, lleno de andamios, grúas y aparatos en tu intelecto.

Torre, palacio y castillo edificas en un momento y los rompas con el martillo del viento.

Eres el loco lindo (gracia, donaire y lirismo en el plano y el diagrama) que sus piedras sillares desparrama por el aire.

Tu llana es la lengua de Harpócrates, la ciencia que se te quema en la pipa, y eres tan irracional como Sócrates para Xantipa.

Castillo, torre y palacio son tu tonel, y es muy lógico que ande tu ego paradójico por el espacio.

Y tú, sabio: aprende en su profundo saber, ahonda en su locura. El te dirá la íntima arquitectura del mundo.

TRES ESTUDIOS EN DO SOSTENIDO MAYOR

BASTA ya del color tropical, de la absurda paleta; el arte chato sacrilego y trivial; basta de la visión occidental, pinturas lujuriosas para vista y olfato.

He aquí esta cartulina negra de negro mate a tinta china: un río con dos líneas, la parábola el puente y un monte en un zizás; y nada más. Únicamente nosotros. Nosotros somos lo demás.

El "Heine" de Alberto Gerchunoff

por

J. Eugenio Garro

Un libro de oración, de recogimiento, un profundo devocionario que no faltará nunca en la celda de ningún batallador de estirpe selecta, ilustrado e ilustrativo, aporta un valioso tesoro de sugerencias, y, más que todo, el fin conseguido de realzar la figura inten-



Alberto Gerchunoff.

samente humana de ese poeta amasado con sensibilidad germánica, ingenio rabelesiano y con facultad emocional israelita.

Ningún personaje espiritual más digno de equipararse con Heine, que Don Quijote. El drama de Don Quijote arranca la risa de las multitudes, el de Heine provoca el sarcasmo de su propio ingenio. Don Quijote, montado en Clavileño, recorrió un estadio considerable de aventuras imaginarias; Heine, clavado, por años, en su sillón de paralítico, recorrió la más vasta órbita del espíritu que le fué dado recorrer a poeta alguno. Ambos son agonistas, temperamentos de acción; aún cuando la vida los estruja en su engranaje formidable, el coraje no cede ante el dolor.

Nada más exacto que la diferencia establecida por Gerchunoff, entre Goe-

the, el impasible semidios de Weimar y Heine, el actuante, el hombre que acepta la vida como una dolorosa tarea que cumplir con ironía — que es mucho más audaz que con alegría —, y lo mantiene como un legado agonista, que quiere saturar con toda la sangre del corazón. Goethe es un hito imponente en el mapa cultural de Europa, uno de esos hitos que marcan los jalones de la Historia, y que, por eso, permanecerá inmovible en su sitio, ninguna revolución trocará el sentido de su actitud, soportará el huracán de los tiempos, el polvo de las generaciones, hasta que, al fin, bajo el aluvión de los siglos, sólo será objeto de la Pre-historia. En tanto, Heine, es nuestro, humano, "demasiado humano", pasional, se mezcla en cada hora, en el fervoroso rito de nuestros amores. Su obra de sufrimiento, como la de Beethoven, derrama sobre nuestros corazones un bálsamo de alegría. En una carta a Ferdinand Lassale, decía Heine: "Sigo muy enfermo; casi no veo, y tan paralizados tengo los labios que el beso me resulta imposible, y, sin embargo, el beso es más indispensable que la palabra, de que prescindiría gustoso." Declaración emocionante que revela al hombre ansioso e insatisfecho de saborear la copa plena de la vida. En cambio Goethe, frío, sereno — con serenidad de mármol helénico —, "inhumano", imperturbable, sus labios no conocieron, tal vez, el beso trémulo de pasión y de lágrimas. Se propuso ser, únicamente, el Genio — con mayúscula —, el hombre de espíritu forjado según un plan, extraño a la vida, artística, literariamente perfecto, o como dice Emerson: *to honour every truth by use.*

"Una mañana, al sacudirlo una convulsión, Matilde — la compañera de Heine — reflexionó así:

—¡No te mueras, por Dios! Hoy se nos ha muerto el papagayo. ¿Qué haré yo sola si también mueres tú?

—Es una razón muy seria. Déjame pensarlo." (pág. 78-79).

Los que no conozcan la poesía sublime de Heine, los que conociéndola no la hayan sentido, y — los más numerosos — los incapaces de sentir la emoción de cualquier poesía — la vivida o la escrita, — lean el libro de Gerchunoff, él los reconciliará y los hará capaces de sentir la Belleza.

Del último número de la antigua revista "Nosotros" que dirigen los señores Alfredo A. Bianchi y Roberto F. Giusti, transcribimos la siguiente noticia firmada por nuestro amigo y compañero Enrique Espinoza.

Notas y comentarios

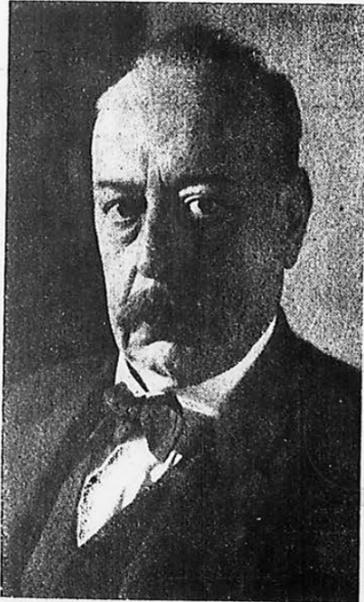
por

La Redacción

LA ULTIMA CARTA DE PAYRO

No se trata, ay, ni por metáfora, de la presentación del *Capitán Vergara* al concurso nacional de literatura de 1925. Este malhadado asunto del segundo premio que es primero según el Quijote y Julio Noé, ya pertenece a la triste historia de las iniquidades oficiales.

Por eso, quiero cludir este vergonzoso episodio por el cual — hablando en plata — Hugo Wast se quedó con



Y 3.º que Glusberg mostró la carta de Waldo Frank a Julio Payró, antes de comunicarle la buena nueva a don Roberto.

Eso es todo. Pero lo que se puede deducir de la carta de Payró es mucho más.

Por encima de los manejos clericales de nuestros circuillos hay una remota justicia que puede cumplirse poco antes de la muerte de un maestro siquiera en la forma inesperada de una traducción inglesa por el más grande de los escritores jóvenes del país de Mr. Coolidge.

He aquí la carta de D. Roberto J. Payró:

Buenos Aires, marzo 31 de 1928

Señor

Don Samuel Glusberg

Buenos Aires.

Mi estimado amigo:

Ya me había hablado Julio de la propuesta de Waldo Frank que me confirma Ud. en su amable carta del 25 de marzo. Ha sido para mí una grata sorpresa, y naturalmente autorizo gustoso la traducción de "El Casamiento de Laucha" y su publicación en la antología de cuentistas argentinos que prepara el gran escritor norteamericano. Le confieso, sin embargo, que me agrada mucho más que mi cuento fuese publicado en volumen suelto, pues nunca he sido muy amigo de las antologías en que las más veces quedan sepultadas las obras. En todo caso, tendría muchísimo interés en que Waldo Frank se encargara personalmente de la traducción, ya que por sus antecedentes literarios, y su gran conocimiento de nuestra cultura, es la persona más indicada para ello.

Agradezco cordialmente, amigo Glusberg, su gentil iniciativa, y lo saludo muy afectuosamente.

Roberto J. Payró

FRANCISCO LOPEZ MERINO

TODAVIA nos parece mentira su desaparición de nuestro lado. Era el más joven y el más entusiasta de nuestros colaboradores. Cuando a principios de este año, realizamos la primera Exposición Nacional de Libro en Mar del Plata, él fué su animador más decidido. A su desinteresado empeño debióse en gran parte el éxito del certamen. Allí, en los salones de la Exposición del Libro, Francisco López Merino pronunció su primera conferencia sobre algunos poetas argentinos. ¡Qué lejos estábamos entonces de sospechar

que habría de ser la última! Mucho esperábamos nosotros de su talento precoz, de su entusiasmo fácil, de su gran corazón. Pero el destino — hechura suya al fin — ha querido convertir a Panchito en el símbolo de nuestra generación. Con él dormirán pues, para siempre los sueños y las esperanzas de los que fuimos sus compañeros. En su nombre claro y familiar veremos mañana la imagen fugaz de nuestra juventud desvanecida. Entonces quizá, mejor que ahora, lo recordaremos con sus propios versos.

En tu armoniosa soledad entró la tarde hecha téntrica. Tu vida es esa claridad inalterable que perdura.



Mientras, en la imposibilidad de trazar serenamente una verdadera imagen de Francisco López Merino, reproducimos las líneas autobiográficas que escribiera el año pasado para la Exposición de la actual poesía argentina:

He nacido en La Plata — ciudad de silencio uniforme, de calles asoleadas, de cielos claros, — el 6 de julio de 1904. Bajo estos cielos he estudiado las cosas esenciales y escrito versos desde niño. (Tengo un folleto inconfesable de los 15 años). Amo de veras la paz remansada que se difunde por la atmósfera de mi ciudad y el dilatado ocio que convierte los días de la semana en un domingo perpetuo.

No tengo profesión alguna ni me interesa la política criolla. Pienso con Huysmans que el mejor gobierno es aquel que me molesta menos.

En arte tengo tantas admiraciones verdícas como grandes indiferencias: olvido como por milagro las cosas flojas que me leen o leo. Y ahora esto para mis futuros biógrafos: declaro honestamente que nunca he podido recorrer íntegra la "Ilíada".

Mis horas se dispersan, así, en esos tres grandes hontanares que son el amor, el verso y la amistad.

GUIA DE LIBREROS Y EDITORES

JUAN ROLDAN Y Cía. Librería y Editorial "LA FACULTAD" Florida 359 Buenos Aires U. T. 31 Retiro 2882	SOSIN Y TOIA Sucesores de Ignacio Morelli Libros. Novedades. Surtido completo en libros americanos, españoles y franceses. Revistas y periódicos extranjeros Rivadavia 1589 Buenos Aires U. T. 38, Mayo 1852	Librería de Derecho y Jurisprudencia RESTOY Y DOESTE LIBREROS - EDITORES 540 Corrientes 540 Buenos Aires U. T. Retiro 2870 Soliciten catálogos
LIBRERIA ALEMANA DE OTTO SCHRADER DEUTSCHE PREISE LEIHbibliothek CANGALLO 675 Nachmittags Von 1-7, Tel. 38 Mayo. 6569	PAPELERIA - LIBRERIA - IMPRENTA Artículos de Escritorio en General A. CONTRERAS EDITORIAL "ARTES Y LETRAS" Av. de Mayo 1357 U. T. 1094 Riv.	Editorial "SATURNINO CALLEJA". S. A. Representante en Buenos Aires: EDITORIAL SUD AMERICANA T. Miguel y Cía. S. en C. Medrano 889 U. T. 2007 Almagro
LIBRERIA ACADEMICA POBLET Hnos. y Cía. Callao 675 U. T. 7411 (Juncal) Sucursal: Lavalle 558 U. T. 4509 Retiro Completo y selecto surtido en: Libros científicos, literarios e industriales Servicio especial de suscripciones a periódicos	Editorial "MINERVA" Ediciones de clásicos Argentinos Avenida de Mayo 560 Bs. As.	"LIBRERIA NACIONAL" J. Lajouane y Cía. IMPRENTA Y ENCUADERNACION Libros Argentinos y Americanos Editores de los "Códigos y Leyes de la Rep. Argentina" Bolívar 270 U. T. 33 Avenida 3817
LIBRERIA HISPANO-AMERICANA DE MANUEL GARCIA Libros Científicos y Literarios Novedades por todos los Correos RIVADAVIA 581 - U. TELEF. 0089, AVENIDA	"LIBRERIA DEL COLEGIO" (ESTABLECIDA EN 1830) CABAUT y Cía., Editores CASA PRINCIPAL: ALSINA Y BOLIVAR SUCURSAL: CALLAO Y CORDOBA BUENOS AIRES	EDITORA INTERNACIONAL Representante en Buenos Aires: Soc. Anón. ULTRAMAR Sarmiento 327 U.T. 31-2239 y 2271 Soliciten catálogos de las últimas novedades literarias y científicas publicadas
LIBRERIA HISPANO ARGENTINA de CALIXTO P. PERLADO Novedades de España por todos los correos Catálogo Gratis 1729 - Rivadavia - 1731 CASA DE COMPRAS EN MADRID	"EL BIBLIÓFILO" Librería Antigua y Moderna VIAU Y ZONA Florida 637 - 641 U. T. 31 Retiro 3354 Buenos Aires	"LIBRERIA PORTEÑA" F. Crespillo EDITOR E IMPORTADOR Bolívar 369 U. T. 33 Avenida 3938

BANCO HIPOTECARIO NACIONAL

25 DE MAYO 245/63 - PASEO L. ALEM 232/46/60
 BUENOS AIRES

Sucursales en toda la República

¡AHORRE USTED!

El ahorro contribuye al bienestar de la familia, moderando los excesos del lujo y del placer

El ahorro no solamente conduce a la independencia económica de quien lo practica, sino que además contribuye al engrandecimiento de la Nación

Aseguran un interés mínimo del 6 o/o anual

El Banco se encarga de la compra-venta de las cédulas y las recibe en depósito gratuito responsabilizándose de todo riesgo.

En cualquier momento puede hacerse efectivo el valor de las cédulas.

Solicite mayores datos en la Oficina de informes del Banco

Asegúrese

'LA VIDA LITERARIA'
CRÍTICA Y
INFORMACION
BIBLIOGRAFIA
FLORIDA 221 BUENOS AIRES

UNA OFERTA EXCEPCIONAL

POESIAS — NOVELAS — CUENTOS

A toda persona que se suscriba a LA VIDA LITERARIA y nos consiga además dos suscriptores anuales le remitiremos del todo gratis cualquiera de estos cuatro libros nacionales, a elección.

LA VISPERA DEL BUEN AMOR por Horacio Rega Molina.

EL JUGUETE RABIOSO por Roberto Arlt.

LOS PROVINCIANOS por Gregorio Guzmán Saavedra

TRAFICO por Enrique Amorim.

APRESURESE A ENVIARNOS ENSEGUIDA SEIS PESOS m/n O TRES PESOS ORO. MAÑANA SERA TARDE

Señor D. Leonardo Glusberg

Administrador de "LA VIDA LITERARIA"

Sírvase suscribirme a su periódico por el término de un año a contar desde el número..... Adjunto le envío la suma de DOS PESOS m/n o UN PESO oro en estampillas, cheque o giro postal. (1)

Nombre y apellido

Dirección

Ciudad

Firma

(1) El precio único de suscripción anual es de \$ 2 m/n en todo el país. Fuera de la República Argentina: \$ 1 oro.



MARCO AURELIO PENSAMIENTOS

PROLOGO DE ROBERTO GACHE

La palabra del más puro de los hombres,
la biografía amena de un gran gobernante,
la obra maestra de la solidaridad humana.

PRECIO:
\$ 1.00

Cuando habla Marco Aurelio parece
que su voz es la de un hombre de
hoy. He aquí la marca indeleble de
la grandeza.

THEODORE DREISER.

cuadernos literarios de Oriente y Occidente

Director: ENRIQUE ESPINOZA

1

WALDO FRANK: El milagro de Greco. (Tradujo Rubin)
JOSEPH KESSEL: Tierra de amor. (Tradujo Levy)
JOSE CARLOS MARIATEGUI: Semitismo y antisemitismo.
JULIO FINGERIT: De La dialéctica y de la imaginación.

2

JORGE BRANDES: El Libro de los Cantares. (Tradujo Fingerit)
EZEQUIEL MARTINEZ ESTRADA: Humoresca Heineana.
ERNST ELSTER: Introducción al "Cancionero". (Tradujo Chaide)
FERNANDEZ MORENO: Romance a Heine.

3

ALFRED KERR: Heine el Judío. (Tradujo Ebin)
CARLOS M. GRÜNBERG: Canto de Heine a Jehuda ben Halevy.
ISRAEL ZANGWILL: La tumba de lana. (Tradujo Blomberg)
ALBERTO GERCHUNOFF: Cadosch.

NOTAS

SAMUEL GLUSBERG: En la muerte de Israel Zangwill.
ENRIQUE ESPINOZA: La fé del bachiller Rojas.
MENDEZ CALZADA: Una Biblia heineana.



Precio de cada cuaderno,

\$ 1 m/n.



"La Verdadera Historia del Gato con Botas"

Seguido de: "El Entremés del Ficonero que
quiso cobrarse el Humo" y de "La Historia
de Judas el Bueno y la Bolsa Maravillosa".
Tres cuentos para deleite de los niños y pro-
vecho de los mayores, escrito por Julio Fingerit
e ilustrados por Argerich y Barleta.

ES EL MEJOR REGALO
UN LUJOSO VOLUMEN \$ 2.50

EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS Y EN LA CASA EDITORA:
J. SAMET, Editor - Ada. de Mayo 1242 - Bs. As.